

Curso

Lectura teológica de “Lumen fidei” a la luz del arte cristiano

Profesor: Juan Miguel Prim Goicoechea
Ayudante: Helena Faccia Serrano

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA
ESCUELA DE ARTE CRISTIANO
Diócesis de Alcalá de Henares

Lunes 25 de noviembre de 2013

“Dios prepara una ciudad para ellos”. Capítulo IV, nn. 50-57

Abordamos en la sesión de hoy el último capítulo de la encíclica. Leeremos los números 50 a 57, dejando para la próxima sesión los tres últimos números, dedicados a la Virgen María. De esta manera concluiremos la próxima semana nuestro curso con un homenaje a María, icono de la fe, “bienaventurada porque ha creído”.

Comezamos con la lectura del número 50:

50. Al presentar la historia de los patriarcas y de los justos del Antiguo Testamento, la Carta a los Hebreos pone de relieve un aspecto esencial de su fe. La fe no sólo se presenta como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás. El primer constructor es Noé que, en el Arca, logra salvar a su familia (cf. Hb 11,7). Después Abrahán, del que se dice que, movido por la fe, habitaba en tiendas, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos (cf. Hb 11,9-10). Nace así, en relación con la fe, una nueva fiabilidad, una nueva solidez, que sólo puede venir de Dios. Si el hombre de fe se apoya en el Dios del Amén, en el Dios fiel (cf. Is 65,16), y así adquiere solidez, podemos añadir que la solidez de la fe se atribuye también a la ciudad que Dios está preparando para el hombre. La fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos. No se trata sólo de una solidez interior, una convicción firme del creyente; la fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable.

El capítulo IV, último de la encíclica *Lumen fidei*, lleva por título una frase de la *Carta a los Hebreos*: “Dios prepara una ciudad para ellos” (Hb 11,16). Todo este capítulo insiste en la aportación de la auténtica fe cristiana al bien común, a la vida de los hombres, desde el primer ámbito de convivencia que es la familia, hasta el conjunto de las relaciones sociales, el mundo del trabajo, la política, la justicia e incluso el sufrimiento, que tan difícil es de integrar en el orden del bien común. Y para hablar de todo esto *Lumen fidei* utiliza repetidamente la imagen de la edificación, la imagen de la “ciudad”. Por eso, ésta va a ser también nuestra primera imagen. Vemos en la página siguiente una miniatura del siglo XIV en la que diversos operarios están levantando un edificio.

La fe, dice *Lumen fidei*, no es sólo un camino -como la encíclica ha repetido hasta ahora- sino también una edificación, “la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás”.

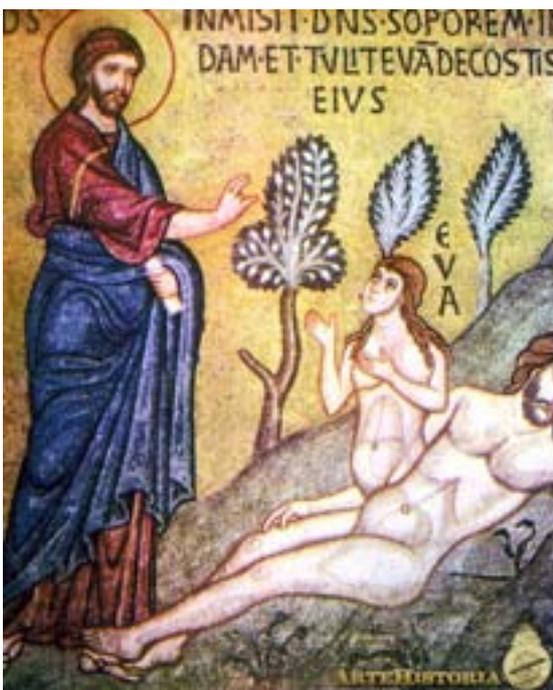
La imagen de la edificación, de la casa o la ciudad -tomada de la *Carta a los Hebreos*- nos habla de la morada del hombre y de su dimensión social. La fe genera relaciones sociales justas y estables, ordenadas al bien del ser humano y al bien común de la humanidad.



Pero la primera morada del ser humano es el mundo mismo, salido de las manos de Dios. Vemos en la imagen la creación del firmamento, con el sol, la luna y las estrellas. “Y vio Dios que era bueno”, afirma el libro del Génesis al concluir cada día de la creación. “Y vio Dios que era muy bueno”, dice cuando Dios crea a Adán. La cumbre de la obra creadora de Dios es el ser humano.

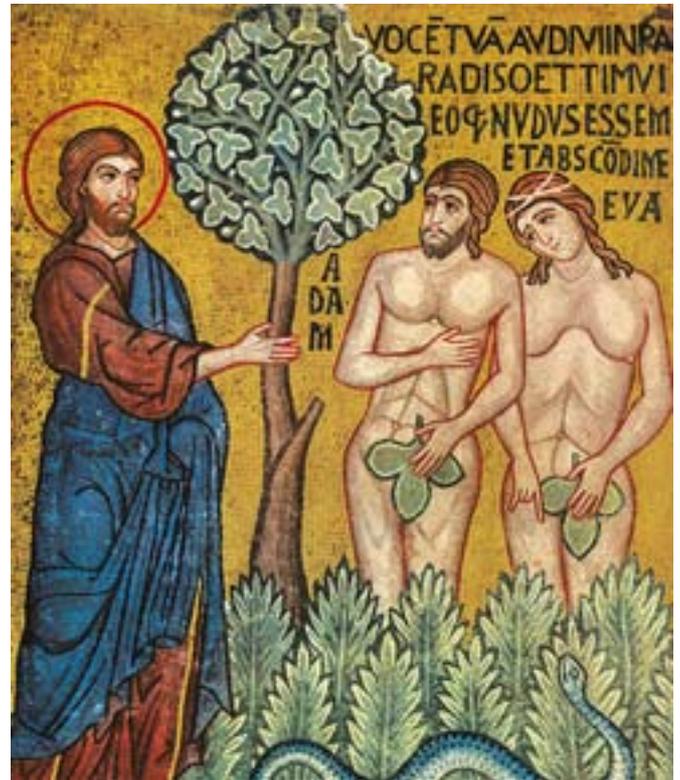


Vemos en la imagen de la izquierda la creación de Adán, al que Dios insufla aliento de vida, acción expresada por ese rayo que sale de la boca del Creador y llega al rostro de Adán. Un rostro que reproduce los rasgos del Creador, porque Dios hizo a Adán a su imagen y semejanza.



Pero Dios creó también a Eva -como vemos en la siguiente representación- del costado de Adán. “A imagen y semejanza suya los creó”. “Hombre y mujer los creó”. Y les dio una morada, el Paraíso, donde vivían sin conocer el dolor ni la muerte, donde los animales -hasta las bestias salvajes- estaban al servicio del hombre, siendo Adán y Eva inocentes y puros.

Pero Adán y Eva, seducidos y engañados por la serpiente, comieron del árbol prohibido. Vemos en las siguientes imágenes el diálogo del Creador con nuestros primeros padres tras el pecado original. Adán y Eva, que se habían escondido de Dios, cubren su desnudez, porque han perdido la inocencia original y sienten vergüenza el uno del otro. Tras el pecado, revestidos con túnicas de pieles hechas por Dios, abandonan el jardín del Edén. El querubín, con la espada de fuego, custodia la puerta del Paraíso. Desde este momento el ser humano se sentirá amenazado en el mundo, inseguro, y se esforzará por crear una morada habitable, intentará recrear con sus fuerzas el paraíso perdido.



Las imágenes que hemos visto corresponden a los mosaicos de la Capilla Palatina de Palermo, la capilla de los reyes normandos de Sicilia. Forma parte del Palacio Real y fue creada en la primera mitad del siglo XII. Los mosaicos que hemos visto fueron realizados ya en la segunda mitad del siglo XII, obra probablemente de artistas locales con influencia de artistas bizantinos.

Pero no dejamos la Capilla Palatina de Palermo, porque vamos a seguir viendo imágenes que ilustran este primer número del capítulo cuarto. La encíclica nos habla de Noé como el primer constructor “que, en el Arca, logra salvar a su familia”. El Arca de Noé fue refugio para los justos que en ella se salvaron del Diluvio universal. Hombres y animales sobrevivieron a la inundación de la tierra, castigo de los pecados cometidos por la humanidad. La tradición cristiana ha visto siempre en esta construcción del Arca un anticipo de la nave de la Iglesia, que surca las aguas de este mundo como tabla de salvación, permitiendo a cuantos entran en ella hacer la travesía de la vida con la seguridad de llegar a buen puerto.

Vemos en la página siguiente una preciosa representación del Arca de Noé. El Señor -como indica la abreviatura “Dominus”- recibe a Noé una vez pasado el diluvio. La puerta del Arca se abre y salen los animales. Noé y su familia, cuyos miembros se asoman a las ventanas, reciben la promesa de Dios, quien asegura que ya no volverá a destruir la tierra. Y como señal de la alianza con Noé vemos sobre la figura de Dios el arco iris.

El texto de *Lumen fidei* habla después de Abraham, “del que se dice que, movido por la fe, habitaba en tiendas, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos”. Vemos en la siguiente imagen un mosaico con escenas de la vida de Abraham, cuya vida fue itinerante, sin morada fija, habitando en tiendas que anticipaban la ciudad futura. Pero “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Como es bien sabido, el texto de san Juan dice literalmente “y puso su tienda entre nosotros”. El verbo utilizado es *skēnoō*, que significa plantar una tienda de campaña, como las que utilizaban los pastores itinerantes o los beduinos de hoy. Así pues, el Verbo, la segunda Persona de la Trinidad, ha venido a vivir con nosotros, ha plantado su tienda para que-



darse y acompañar el camino humano. Así lo decía Benedicto XVI:

“Dios no está lejos de nosotros, en algún lugar muy distante del universo, a donde nadie puede llegar. Él ha puesto su tienda entre nosotros: en Jesús se ha hecho uno de nosotros, con carne y sangre como nosotros. Esta es su tienda. Y en la Ascensión no se fue a algún lugar lejos de nosotros. Su tienda, Él mismo con su cuerpo, permanece entre nosotros como uno de nosotros. Podemos hablarle de tú y dialogar con él. Él nos escucha y, si estamos atentos, percibiremos también que nos responde”.

Veamos un nuevo mosaico de la Capilla Palatina de Palermo. Sobre la gruta de Belén la Virgen acuna a Jesús, que recibe el calor del buey y la mula. San José, abajo a la izquierda, nos mira un poco alejado de la escena, como es habitual en la iconografía cristiana para indicar que él no es el padre biológico de Jesús. Desde lo alto de la escena descende un rayo de luz, el Espíritu Santo que ha obrado la Encarnación en el seno de María. Abajo a la derecha las parteras preparan el baño para el niño. Estas mujeres aparecen con frecuencia en la escena del nacimiento, como testigos que aseguran la concepción virginal de Jesús. Arriba a la izquierda vemos a los magos con sus ofrendas y a los ángeles que asisten al acontecimiento. La Virgen y Jesús nos miran. El niño está fajado, anticipando las vendas con las que será sepultado. Él viene al mundo para compartir la vida de los hombres, alegrías y dolores, y aun la propia muerte, para librarnos del morir eterno.



La solidez, dice *Lumen fidei*, sólo puede venir de Dios. “El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable”. Pero los hombres han intentado siempre construir con sus propias manos ciudades en las que alcanzar la felicidad. Han querido edificar construcciones que alcanzaran el cielo. Imagen de ello es la Torre de Babel, cuya representación vemos en otro mosaico de la Capilla Palatina de Palermo.

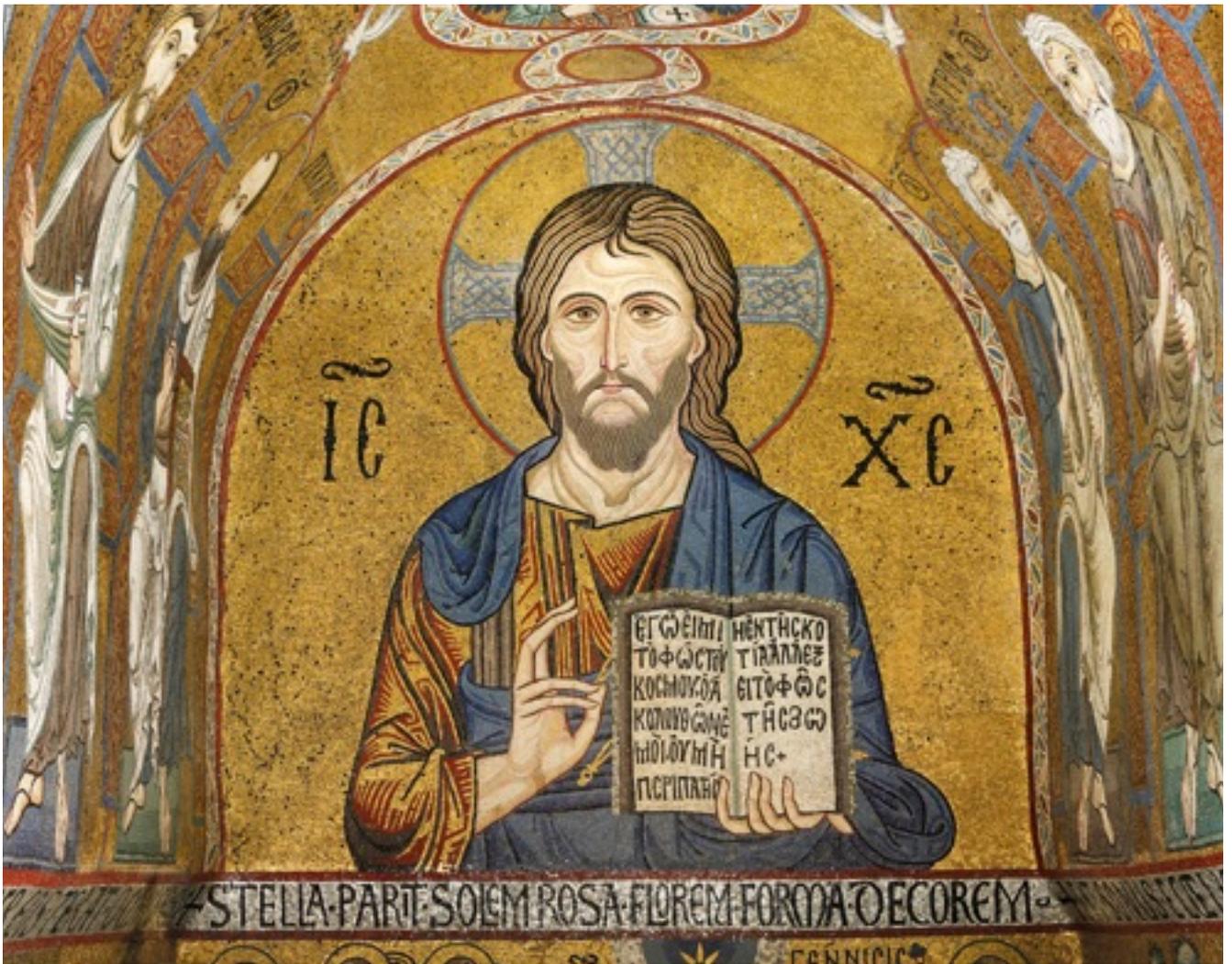
Babel es imagen del intento prometeico del ser humano y de algunas culturas de lograr una ciudad perfecta, una ciudad sin Dios. Pero como escribió de Lubac: “No es verdad que el hombre [...] no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo cierto es que, sin Dios, no puede, en fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano”. La Torre de Babel expresa esta verdad. La ciudad sin Dios acaba siempre siendo la ciudad contra el hombre. La confusión de las lenguas y la división de los que trabajan para edificar la ciudad humana sin Dios hace que cualquier proyecto fracase.



Como también fracasa la ciudad que vive al margen de la Alianza con Dios. Vemos abajo la representación de la ciudad de Sodoma, que perece por los pecados continuados de sus habitantes. Fuego y muerte brotan de sus murallas, de las que huyen Lot y su familia, guiados por ángeles. Por el contrario, “la fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos”.

Veamos la última imagen de este ciclo musivo de Palermo. Es el Pantocrátor -en la página siguiente- colocado justo sobre la escena del nacimiento de Jesús. El que nace en la humildad de la carne es el Rey de la Gloria, destinado a juzgar a vivos y muertos. Él ha puesto su tienda entre nosotros, ha establecido los cimientos de la nueva Jerusalén. Con el que todo lo puede estamos seguros.





Seguimos ahora leyendo *Lumen fidei*. Escuchamos el número 51:

51. Precisamente por su conexión con el amor (cf. Ga 5,6), la luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz. La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios, en el que se manifiesta el sentido y la bondad de nuestra vida, que es iluminada en la medida en que entra en el dinamismo desplegado por este amor, en cuanto que se hace camino y ejercicio hacia la plenitud del amor. La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común. La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. Sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres. La unidad entre ellos se podría concebir sólo como fundada en la utilidad, en la suma de intereses, en el miedo, pero no en la bondad de vivir juntos, ni en la alegría que la sola presencia del otro puede suscitar. La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común. Sí, la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza. La Carta a los Hebreos pone un ejemplo de esto cuando nombra, junto a otros hombres de fe, a Samuel y David, a los cuales su fe les permitió “administrar justicia” (Hb 11,33). Esta expresión se refiere aquí a su justicia para gobernar, a esa sabiduría

que lleva paz al pueblo (cf. 1 S 12,3-5; 2 S 8,15). Las manos de la fe se alzan al cielo, pero a la vez edifican, en la caridad, una ciudad construida sobre relaciones, que tienen como fundamento el amor de Dios.

En este número la encíclica insiste en la dimensión constructiva de la fe, que por su conexión con el amor, crea justicia, derecho y paz. “La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo”. Al introducirnos en el dinamismo del Dios Amor la fe permite relaciones nuevas entre los seres humanos, permite su unidad, que ya no es concebida “sólo como fundada en la utilidad, en la suma de intereses, en el miedo”, sino “en la bondad de vivir juntos, [...] en la alegría que la sola presencia del otro puede suscitar”.

Veamos una nueva imagen de edificación. Se trata de la construcción de Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), ante la presencia de Carlomagno. Esta villa, en la actual Alemania, alberga el Palacio y la Capilla mandados construir por Carlomagno en el año 794. El emperador hizo de este Palacio su residencia habitual y aquí estableció su corte y la Academia Palatina, que pretendía rivalizar con la antigua Atenas y con la gloria de Bizancio. La imagen corresponde a una pintura de Jean Fouquet, pintor renacentista francés activo en la segunda mitad del siglo XV. La ciudad cristiana es ciudad de Dios y ciudad de los hombres, ciudad del saber, de las artes y las letras.



“La fe -leemos en *Lumen fidei*- permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común”. El destino definitivo de la ciudad que nace de la fe ha sido expresado en la Sagrada Escritura y en el arte cristiano mediante la imagen de la Jerusalén Celestial. Nos la presenta Helena.

Vemos a la izquierda una miniatura datada en torno al año 1400. En ella está representada la Jerusalén celestial, tal como es descrita en el Apocalipsis. Este libro sagrado, que cierra el Nuevo Testamento y la Biblia entera, está lleno de imágenes que han inspirado a los artistas cristianos.

Leemos en el Apocalipsis: “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido, y el mar ya no existe” (Ap 21,1). Este cielo y esta tierra indican la globalidad de

la obra creadora, como es descrita al principio del Génesis. El tercer día de la Creación está dedicado a la división entre aguas inferiores y aguas superiores para crear un espacio seco en medio, a la división entre mar y tierra firme, para impedir que la acción destructora de las aguas dañe el mundo de los hombres. Ahora el mar ha sido borrado, porque ha cesado su función de contraste en la obra ordenadora de Dios. La figura de este mundo pasará, como recuerda san Pablo, y toda la creación se verá renovada. Cielos nuevos y tierra nueva durarán para siempre. El adjetivo “nuevo” tiene significado de perfecto, definitivo.

Sigue diciendo el Apocalipsis: “Entonces vino uno de los siete Ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: «Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero». Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas; y sobre las puertas, doce Ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al mediodía tres puertas; al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero” (Ap 21,9-14).

En esta imagen de la iglesia de San Pietro al Monte, en Civate (Italia), vemos la representación de la Jerusalén celestial, tal como es trazada por san Juan. Se trata del plano ideal de la definitiva Patria Celestial que el Señor ha preparado para sus elegidos, plano en el cual se repite el número 12, que caracteriza la plenitud del Pueblo de Dios: doce Tribus de Israel, Doce Apóstoles, indicando que la ciudad encierra en sí tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. A través de las puertas -en las cuales están escritos los nombres de las Doce Tribus de Israel- se accede a la Fe en Cristo, plasmada por los doce pilares con los nombres de los Doce Apóstoles, las columnas sobre las que se fundaron las primeras iglesias cristianas.



A continuación Juan nos indica las medidas simbólicas de la ciudad: “El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad es un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña, y tenía 12.000 estadios. Su largura, anchura y altura son iguales. Midió luego su muralla, y tenía 144 codos. El material de esta muralla es jaspe y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro” (Ap 21,15-18).



Vemos una nueva imagen de la Jerusalén Celestial, esta vez de la basílica de San Vital en Rávena. Las medidas del Apocalipsis, concretas y a la par ideales, parece que hablen de una geometría del espíritu: la figura que resulta no es cuadrada, sino cúbica: una estructura espacial absolutamente perfecta según la concepción de los antiguos, y su enorme perímetro parece querer indicar su inagotable capacidad de acoger a los santificados por Cristo. Los estudiosos han intentado buscar soluciones para interpretar estas medidas, pero es evidente que se trata de un número-

logía simbólica: doce mil deriva de $12 \times 10 \times 10 \times 10$, es decir, del número 12, símbolo de Israel y de la Iglesia, multiplicado tres veces por diez, indicando plenitud y perfección insuperables. Los muros tienen una altura de 144 codos, es decir, aproximadamente 72 metros, porque un codo, unidad de longitud típica del Antiguo Testamento, equivale a casi medio metro; también en este caso el número deriva de 12×12 , la perfección de Israel multiplicada por la perfección de la Santa Iglesia, indicando la totalidad de los creyentes. Es importante observar que el Ángel, uno de los que sostienen las Siete Copas, realiza la medidas con una caña de oro, en griego "kálamos": un instrumento que usaban los antiguos para realizar medidas de este tipo, pero en este caso de oro, para medir algo tan valioso como la Jerusalén Celestial.

Seguimos leyendo en el Apocalipsis: "Pero no vi Santuario alguno en ella; porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario. La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra irán a llevarle su esplendor. Sus puertas no se cerrarán con el día -porque allí no habrá noche- y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones. Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero" (Ap 21,22-27).



En la Nueva Jerusalén, efectivamente, no existen templos, porque su Templo es Dios mismo y Cristo, el Cordero inmolado, es su centro. Ya no se necesita ninguna mediación entre Dios y el hombre y los que se han salvado contemplarán al Señor directamente, porque estarán en plena comunión con Él. Tampoco habrá sol, luna, estrellas y los astros creados por Yahvé en el cuarto día de la Creación; sólo la Luz maravillosa de Cristo en Majestad. Su lámpara es el Cordero.

Volvamos a Aquisgrán, donde encontramos el precioso mosaico de la siguiente página, que representa la *Civitas Dei*, la ciudad de Dios, con la personificación de los cuatro ríos del Apocalipsis:

"Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la





plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de Vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22,1-5).

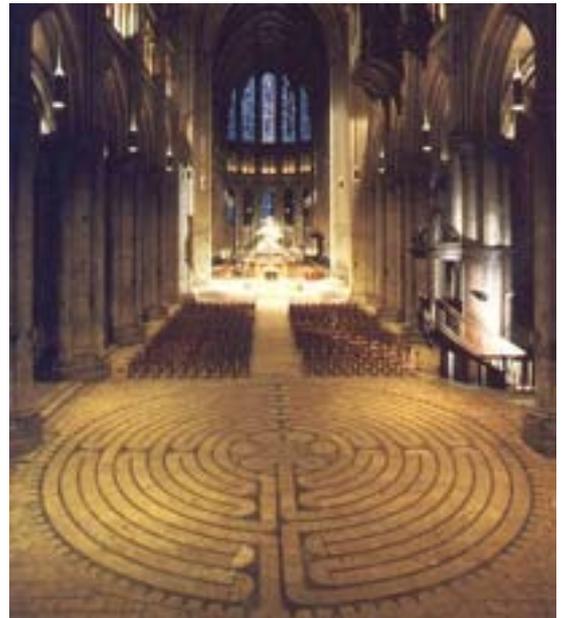
Esta bucólica descripción de la Nueva Jerusalén, modelada sobre la imagen del Paraíso Terrenal descrito en el Génesis, con la imagen del río y el Árbol de la Vida, ha inspirado -como hemos podido ver- a centenares de artistas. Pero quisiera concluir esta intervención hablándoos de una representación peculiar de la Ciudad de Dios.

Lo que vemos en la fotografía de la siguiente página es un laberinto trazado sobre el pavimento de la Catedral de Chartres, en Francia. Durante la Edad Media, el motivo del laberinto fue cristianizado y la figura del centro fue sustituida por la palabra “Ecclesia” o por el emblema de la cruz, como sucede en la iglesia de San Vital de Rávena. En este caso, la función del laberinto era defender el centro, entendido éste como espacio sagrado, realidad absoluta o verdad revelada. El acceso al centro era reservado exclusivamente a los iniciados en la fe; los neófitos debían superar alguna prueba para poder acercarse. Este último es el sentido que tienen los laberintos que se realizaron en el pavimento de algunas catedrales góticas, como las de Reims, Amiens, Saint-Martin de Saint-Omer y Chartres, en Francia. El de Chartres es el único que se conserva *in situ*, ocupando todo el ancho de la nave central, sobre el eje que separa la tercera y la cuarta



bóveda, contando desde los pies. Sus dimensiones son las siguientes: 16 metros de diámetro y 264 metros de recorrido a través de 11 círculos concéntricos. Como curiosidad matemática, su diámetro es exactamente el mismo que el que tiene el rosetón de la fachada principal. De esta forma se muestra, a través de la propia arquitectura, todo el sistema de proporciones con que fue construida la catedral.

En las fuentes históricas, al laberinto de la catedral de Chartres se le denomina “El Camino de Jerusalén” porque el acto de recorrer el laberinto de rodillas, recitando el *Miserere*, se consideraba una penitencia que otorgaba tantas indulgencias como la peregrinación a Tierra Santa. El tiempo invertido en esta penitencia era aproximadamente de una hora, justo lo que se tarda en caminar una legua (unos 5 kms.), que fue la distancia que recorrió Jesucristo con la cruz a cuestas hasta el Monte Calvario, por lo que el laberinto de Chartres también fue conocido popularmente como “La Legua”. El laberinto era así una especie de camino de fe, lleno de obstáculos y sufrimiento, desde la condición de mortal hasta la llegada a la Jerusalén Celeste. Lo cierto es que, en muchos aspectos el hombre medieval entendía su vida como una larga peregrinación.



Gracias, Helena por estas imágenes y estos comentarios tan interesantes. Hemos hablado de la Jerusalén Celestial, pero como dice *Lumen fidei*: “La fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia, ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza”. La edificación de la Jerusalén celestial comienza ya aquí, en la historia, en el más acá.

San Agustín, en su extensa obra en 22 volúmenes *De Civitate Dei*, escrita entre el 413 y el 425, afirma:

“El amor hacia sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios genera la ciudad terrena; el amor de Dios llevado hasta el desprecio de uno mismo genera la ciudad celeste. La primera aspira a la gloria de los hombres; ésta sitúa la gloria de Dios por encima de todo [...] Los ciudadanos de la ciudad terrena están dominados por una estulta codicia de predominio que los induce a someter a los otros; los ciudadanos de la ciudad celeste se ofrecen el uno al otro en servicio con espíritu de caridad y respetando dócilmente los deberes de la disciplina social” (La ciudad de Dios, XIV, 28).

Imagen de esta edificación son nuestras Catedrales, anticipo en el tiempo de la historia de la Ciudad eterna. Así como la Liturgia es la redención del tiempo, la Arquitectura cristiana es redención del espacio.

Vemos en esta ilustración la construcción de una catedral. Durante generaciones, los hombres medievales consagraban su vida a la edificación de la catedral. Familias enteras vivían junto al templo que lentamente iba cobrando altura. Canteros, escultores, maestros vidrieros, carpinteros, rejeros, pintores... todos ponían su conocimiento y su técnica al servicio de la obra común. Y la mayoría de ellos nos son desconocidos. No buscaban normalmente su propia gloria, sino la Gloria de Dios. Cuidaban los detalles incluso allí donde el ojo humano nunca podría verlos. Trabajaban para Dios, trabajaban para la eternidad.



Como conclusión de este punto me gustaría leeros un texto de Charles Pèguy, el gran escritor francés fallecido en 1914. El pasaje, tomado de su obra *El dinero*, expresa la conciencia de quien trabaja por amor a su obra, por amor a Dios:

"No sé si se nos creará pero hemos conocido obreros con ganas de trabajar, que no pensaban sino en trabajar. Hemos conocido obreros que, ya de mañana, sólo pensaban en trabajar. Se levantaban por la mañana pronto y cantaban sólo pensando en que se iban a trabajar. Trabajar constituía su alegría y la raíz profunda de su ser. Y su razón de ser. El trabajo gozaba de un honor increíble, el más hermoso de todos los honores, el más cristiano, el único quizá que se puede mantener. Hemos conocido un honor del trabajo exactamente igual que el que en la Edad Media gobernaba la mano y el corazón. Hemos conocido esa piedad del trabajo bien hecho llevada hasta la exigencia última. Durante toda mi infancia he visto ajustar los mimbres de las sillas exactamente con el mismo espíritu y con el mismo corazón, y con la misma mano, que ese mismo pueblo había levantado sus catedrales. Esos obreros no servían. Trabajaban. Con un honor absoluto, como le corresponde al honor. Era preciso que cada palo de la silla estuviera bien hecho. Estaba muy claro. Era lo más importante. No había que hacerlo bien por el sueldo o por los clientes del jefe. Tenía que estar bien hecho en sí mismo, en su mismo ser. Cualquier parte de la silla, aunque no se viera, estaba hecha tan perfectamente como la que se veía. Era el principio mismo de las catedrales. Todo era un acontecimiento: algo sagrado. Todo era una elevación interior, y una oración, el día entero, el sueño y la vigilia, el trabajo y el poco de descanso, la cama y la mesa, la sopa y el buey, la casa y el jardín, la puerta y la calle, el patio y el vestíbulo, y los platos en la mesa".

Avanzamos en la lectura de *Lumen fidei*. Leemos el número 52:

52. En el camino de Abrahán hacia la ciudad futura, la Carta a los Hebreos se refiere a una bendición que se transmite de padres a hijos (cf. Hb 11,20-21). El primer ámbito que

la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia. Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. Gn 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada. La fe, además, ayuda a captar en toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una nueva persona. En este sentido, Sara llegó a ser madre por la fe, contando con la fidelidad de Dios a sus promesas (cf. Hb 11,11).

“El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia”. La fe ilumina el camino del amor humano, del amor entre el hombre y la mujer, del amor de los padres y los hijos. *Lumen fidei* describe sintéticamente el ideal afectivo para el que nuestro corazón está hecho. Para profundizar en este punto doy de nuevo la palabra a Helena.

“Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada”. Esta afirmación nos sirve de punto de partida para presentar brevemente algunas imágenes en las que, como en un claro-oscuro, vemos cómo varios artistas han plasmado la belleza y las dificultades del amor humano en sus diversos registros: conyugal, pasional, filial, de amistad, virginal.

Escribe la poetisa italiana Alda Merini:

“Cuando tú no estás
y el aire no resuena con tus reclamos secretos,
entonces la sombra se extiende como un manto,
la noche se vuelve feroz
y las aves caen a mis pies fulminadas,
como afectas por una peste repentina,
porque la falta de amor
es mi pestilencia”.

Son palabras fuertes, que nos puede causar estupor, pero el ser humano busca siempre el amor, pero no el amor como sentimiento en sí mismo, sino el amor a otro y de otro. Porque no hay verdadero amor si éste no es compartido.

En la obra de teatro *Miguel Mañara*, de Oscar Milosz, libremente basada en la figura de Don Juan, el protagonista, después de una vida dedicada a enamorar y seducir a todo tipo de mujeres, encuentra a Jerónima con la cual conoce el amor verdadero, el amor que tiene a Dios en el centro.

En un momento de la obra, cuando Miguel Mañara le pide la mano a Jerónima, la joven le responde así:

“Don Miguel – ¿Y vuestra mano?

Jerónima – También os la doy.

Don Miguel – Y vuestro corazón, ¿rechaza mi alegría? Decidme, ¿y vuestro corazón?

Jerónima – Mi corazón ya no es mío.

Don Miguel - ¿Y vuestro gran pudor y vuestra santidad, me la confiáis a mí para el Tiempo, para la Vida?

Jerónima – Para la Eternidad.

Don Miguel - ¿Me amáis? ¿Me amáis con amor piadoso delante de los hombres, delante de los hombres?

Jerónima – Delante de Dios”.

Es este “delante de Dios” el que marca la diferencia.

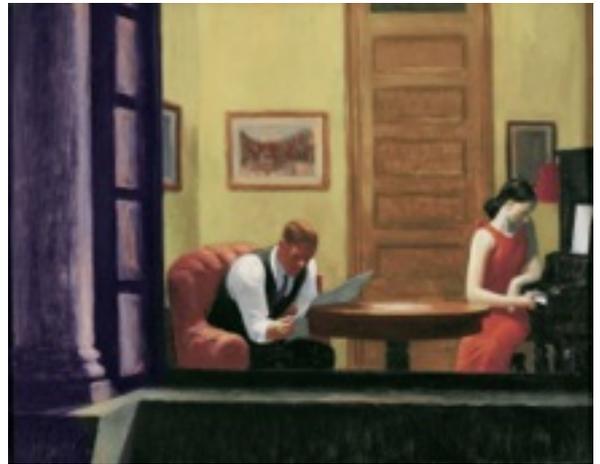


Los cuadros del pintor estadounidense Edward Hopper ilustran lo contrario de lo que dice *Lumen fidei*: el amor abandonado y el amor sin fe, en el que falta este horizonte de eternidad, lo que hace que, poco a poco, la relación se seque y muera.

En la primera imagen vemos a una mujer en una habitación de hotel, sentada semidesnuda en la cama; vemos su ropa sobre el sillón de la habitación, las maletas sin abrir, los zapatos dejados al azar en el suelo, el sombrero sobre la cómoda. Acaba de leer una carta que, probablemente, le ha dejado el objeto de su amor (la cama es doble), en la que podemos imaginar, por la postura que tiene la mujer -hombros caídos, sensación de desolación y/o desilusión- le ha escrito algo que ha roto todas sus expectativas.

En otras obras de Hopper vemos una serie de matrimonios -o parejas- en los que el denominador común parece ser la falta de diálogo, el aburrimiento, la falta de ilusión, la falta de un proyecto y de un destino común. La falta de Alguien que, al mirar con misericordia a ambos cónyuges, haga que entre ellos se miren también con ternura y misericordia. Si observamos las imágenes, las parejas no miran hacia el mismo punto, no hay nada que las una y, en ninguno de los tres casos -y casi nunca en las obras de Hopper- los matrimonios están con sus hijos. Son, en mi opinión, cuadros que expresan una gran desesperanza, y que nos recuerdan los versos del poeta italiano Montale:

“Tal vez una mañana
yendo por un aire de vidrio,
árido, veré, volviéndome,
cumplirse el milagro:
la nada a mis espaldas,
el vacío detrás de mí,
con un terror de borracho”.



“Nada y vacío”. Comparemos ahora estos cuadros con este otro, obra de Pissarro.



Vemos aquí a un matrimonio que da la sensación de que, en un paseo, se ha detenido para contemplar el impresionante paisaje que se extiende ante sus ojos. Dos figuras pequeñas ante un horizonte infinito. Dos figuras apenas trazadas, pero esas breves pinceladas nos hacen entender que ambos caminan en la misma dirección, miran al Otro al que hay que mirar.

En otra poesía, Alda Merini escribe:

“Cuando los enamorados hablan de muerte
hablan de vida para siempre.
En un coloquio de un sutil esperanto
que sólo Él conoce.
Su lenguaje es profanador,
pero llama a la gracia infinita
de un gran perdón”.

Gracias, Helena. El amor humano, cuando incluye el Amor -con A mayúscula- que lo ordena, lo sostiene, lo mira con bondad, y hace entrega del uno al otro, es un amor fecundo, que da frutos. Da frutos en la amistad, en la relación paterno-filial, entre hermanos y en el matrimonio. En este último caso, el fruto son los hijos, cuando Dios quiere concederlos. Leemos el número 53 de *Lumen fidei*:

53. En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos. Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe. Todos hemos visto cómo, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, los jóvenes manifiestan la alegría de la fe, el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades.

“Los niños aprenden a fiarse del amor de su padres”, hemos leído. Para ilustrar este punto hemos elegido una obra de Vincent Van Gogh, “Los primeros pasos” -en la página siguiente-, que el autor realizó en 1890 y que se conserva en el Metropolitan Museum of Art. Nos lo presenta Helena.

La cuñada de Van Gogh, Johanna Bonger, esperaba un hijo para el mes de enero de 1890. Vincent se sintió feliz ante esta noticia -especialmente al conocer que le iban a poner su nombre si era un niño, como así ocurrió- aunque ligeramente receloso ante la posible pérdida de atención que pudiera mostrar su hermano tras el nacimiento de un hijo. Quizá como homenaje, elabora esta bella composición, inspirada en una estampa de Millet pero adaptada al propio lenguaje artístico, tomando como punto de partida el impresionismo. Así, vemos que domina la luz del sol que proyecta una sombras malvas; vemos también que resaltan las tonalidades amarillas y verdes, con algunos toques blancos. Las pinceladas son características de Van Gogh, rápidas y empastadas, con toques caracoleados en algunos arbustos. Las líneas de contorno de las figuras están marcadas con un trazo oscuro que recuerda a Gauguin.

En esta obra vemos claramente a una niña que, confiada, está a punto de abandonar la protección de las manos maternas para lanzarse a los brazos extendidos de su padre. Es la misma confianza con la que el cristiano está llamado a lanzarse a los brazos de Su Padre.



¿Qué es esta paternidad, qué es ser hijos de Dios? Nos lo explica Benedicto XVI, en la Audiencia del 23 de mayo de 2012:

“Tal vez el hombre de hoy no percibe la belleza, la grandeza y el consuelo profundo que se contienen en la palabra «padre» con la que podemos dirigirnos a Dios en la oración, porque hoy a menudo no está suficientemente presente la figura paterna, y con frecuencia incluso no es suficientemente positiva en la vida diaria. La ausencia del padre, el problema de un padre que no está presente en la vida del niño, es un gran problema de nuestro tiempo, porque resulta difícil comprender en su profundidad qué quiere decir que Dios es Padre para nosotros, De Jesús mismo, de su relación filial con Dios podemos aprender qué significa propiamente «padre», cuál es la verdadera naturaleza del Padre que está en los cielos. Algunos críticos de la religión han dicho que hablar del «Padre», de Dios, sería una proyección de nuestros padres al cielo. Pero es verdad lo contrario: en el Evangelio, Cristo nos muestra quién es padre y cómo es un verdadero padre; así podemos intuir la verdadera paternidad, aprender también la verdadera paternidad. Pensemos en las palabras de Jesús en el Sermón de la montaña, donde dice: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial» (Mt 5, 44-45). Es precisamente el amor de Jesús, el Hijo unigénito —que llega hasta el don de sí mismo en la cruz— el que revela la verdadera naturaleza del Padre: Él es el Amor, y también nosotros, en nuestra oración de hijos, entramos en este circuito de

amor, amor de Dios que purifica nuestros deseos, nuestras actitudes marcadas por la cerrazón, por la autosuficiencia, por el egoísmo típicos del hombre viejo.

Así pues, podríamos decir que en Dios el ser Padre tiene dos dimensiones. Ante todo, Dios es nuestro Padre, porque es nuestro Creador. Cada uno de nosotros, cada hombre y cada mujer, es un milagro de Dios, es querido por él y es conocido personalmente por él. Cuando en el Libro del Génesis se dice que el ser humano es creado a imagen de Dios (cf. 1, 27), se quiere expresar precisamente esta realidad: Dios es nuestro padre, para él no somos seres anónimos, impersonales, sino que tenemos un nombre. Hay unas palabras en los Salmos que me conmueven siempre cuando las rezo: «Tus manos me hicieron y me formaron» (Sal 119, 73), dice el salmista. Cada uno de nosotros puede decir, en esta hermosa imagen, la relación personal con Dios: «Tus manos me hicieron y me formaron. Tú me pensaste, me creaste, me quisiste». Pero esto todavía no basta. El Espíritu de Cristo nos abre a una segunda dimensión de la paternidad de Dios, más allá de la creación, pues Jesús es el «Hijo» en sentido pleno, «de la misma naturaleza del Padre», como profesamos en el Credo. Al hacerse un ser humano como nosotros, con la encarnación, la muerte y la resurrección, Jesús a su vez nos acoge en su humanidad y en su mismo ser Hijo, de modo que también nosotros podemos entrar en su pertenencia específica a Dios. Ciertamente, nuestro ser hijos de Dios no tiene la plenitud de Jesús: nosotros debemos llegar a serlo cada vez más, a lo largo del camino de toda nuestra existencia cristiana, creciendo en el seguimiento de Cristo, en la comunión con él para entrar cada vez más íntimamente en la relación de amor con Dios Padre, que sostiene la nuestra. Esta realidad fundamental se nos revela cuando nos abrimos al Espíritu Santo y él nos hace dirigirnos a Dios diciéndole «¡Abba, Padre!». Realmente, más allá de la creación, hemos entrado en la adopción con Jesús; unidos, estamos realmente en Dios, somos hijos de un modo nuevo, en una nueva dimensión”.

Gracias de nuevo, Helena. Continuamos nuestra lectura del capítulo IV. Leemos ahora el número 54, que nos habla de la fe como luz para la vida en sociedad:

54. Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales. Como experiencia de la paternidad y de la misericordia de Dios, se expande en un camino fraterno. En la “modernidad” se ha intentado construir la fraternidad universal entre los hombres fundándose sobre la igualdad. Poco a poco, sin embargo, hemos comprendido que esta fraternidad, sin referencia a un Padre común como fundamento último, no logra subsistir. Es necesario volver a la verdadera raíz de la fraternidad. Desde su mismo origen, la historia de la fe es una historia de fraternidad, si bien no exenta de conflictos. Dios llama a Abrahán a salir de su tierra y le promete hacer de él una sola gran nación, un gran pueblo, sobre el que desciende la bendición de Dios (cf. Gn 12,1-3). A lo largo de la historia de la salvación, el hombre descubre que Dios quiere hacer partícipes a todos, como hermanos, de la única bendición, que encuentra su plenitud en Jesús, para que todos sean uno. El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano.

¡Cuántos beneficios ha aportado la mirada de la fe a la ciudad de los hombres para contribuir a su vida común! Gracias a la fe, hemos descubierto la dignidad única de cada per-

sona, que no era tan evidente en el mundo antiguo. En el siglo II, el pagano Celso reprochaba a los cristianos lo que le parecía una ilusión y un engaño: pensar que Dios hubiera creado el mundo para el hombre, poniéndolo en la cima de todo el cosmos. Se preguntaba: “¿Por qué pretender que [la hierba] crezca para los hombres, y no mejor para los animales salvajes e irracionales?”. “Si miramos la tierra desde el cielo, ¿qué diferencia hay entre nuestras ocupaciones y lo que hacen las hormigas y las abejas?”. En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites.

La fe ilumina las relaciones sociales, genera fraternidad, algo posible sólo cuando se reconoce un padre común. “La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano”. No somos hormigas o abejas, como afirmaba Celso. La dignidad de cada ser humano, y la dignidad del trabajo son realidades que han crecido en la conciencia de la humanidad gracias al cristianismo.

Para comentar este punto os proponemos una nueva serie de imágenes. Doy de nuevo la palabra a Helena.

Para ilustrar los puntos 54 y 55 hemos elegido las imágenes que se pueden ver en el “campanile” (campanario) de Giotto, en la Iglesia Santa María del Fiore, la Catedral de Florencia, situada en la plaza del Duomo.

Pero antes, daremos unas pinceladas sobre la ubicación de la obra. El *campanile* se remonta al año 1298, fecha del comienzo de la construcción de la nueva catedral dirigida por Arnolfo di Cambio. Su posición, alineada con el frontal de la iglesia, no es habitual, probablemente debido a la necesidad de liberar la zona posterior para la enorme cúpula prevista en el proyecto de Arnolfo di Cambio. Tras la muerte de éste en 1302, fue el pintor Giotto quien retoma la construcción en 1334 como maestro albañil y se ocupa primero de la construcción de la base de la torre. Su proyecto global (jamás realizado) de una altura de 110-115 metros, preveía una cima piramidal de aproximadamente 30 metros de altura. A su muerte, tal como recordábamos hace unos días, acaecida en 1337, deja la obra inconclusa y su nombre a la torre.

Continúa sus trabajos Andrea Pisano, quien muere durante la epidemia de peste negra en



1348. La torre la terminaría Francesco Talenti, quien retomó la construcción en 1349 y le dio su forma actual definitiva resolviendo el problema de equilibrio del edificio con pilastras que permitían grandes aberturas.

Con una base cuadrangular de 14,45 metros y una altura de 84,70 metros, el *campanile* está compuesto de los siguientes elementos arquitectónicos:

- a) Una base decorada: en el primer registro, medallones hexagonales representando la Caída original y la Redención por el trabajo; en el segundo por diamantes, con figuras simbólicas de los planetas, las virtudes, las artes liberales y los sacramentos;
- b) el segundo nivel con estatuas de los profetas y las sibilas;
- c) los últimos tres niveles con aberturas gemelas;
- d) la terraza de la cumbre, accesible por una escalera de 441 escalones, cima que termina con un falso arco.

Los cinco niveles están recubiertos de mármoles policromos como los de la Catedral y los del Baptisterio de San Juan y son principalmente mármol blanco de Carrara, verde de Prato, rosa de Maremma y rojo de Siena.

Una de las cosas más peculiares del *campanile* es la gran abundancia de esculturas, con un complejo programa iconográfico en el que participaron algunos de los mejores escultores de Florencia. Hoy en día este ciclo figurativo, uno de los más completos de la Edad Media, ha sido sustituido por copias; los originales se conservan en el Museo dell'Opera del Duomo.

Se sigue debatiendo sobre la atribución de los bajorrelieves, si bien es ampliamente compartida la opinión que los diseños partieron de una idea programática de Giotto, mientras que la realización (1337-1341) fue confiada a Andrea Pisano y a su taller; pero cinco de ellas se atribuyen a la intervención posterior de Luca della Robbia (1437-39).

Ahora bien, antes de ver con detalle algunas de las obras, ¿por qué hemos elegido este tema? La sociedad con el paso de los siglos se fue desarrollando. Todos hemos estudiado en nuestra infancia el paso del nomadismo al sedentarismo y lo que esto supuso para el desarrollo de las sociedades en las que tuvo lugar: diversificación del trabajo, estratificación de la sociedad, ampliación del territorio de influencia, etc.

Las ciudades crecieron y en muchos casos, los barrios se dividieron por oficios. Y en las grandes construcciones, tanto religiosas como civiles, participaba toda la sociedad de la época. Un ejemplo es el Duomo de Milán: hace unos años, Martina Saltamacchia, economista italiana, tenía que preparar su tesis de licenciatura en la Universidad Bocconi de Milán. Pero se le había quedado en la mente una frase, que había oído, sobre la vida hecha “para las cosas grandes y sobre los cristianos de la Edad Media, capaces de vivir en chabolas y construir catedrales”. Pues bien, se dedicó a estudiar y a transcribir durante 18 meses casi 30.000 registros de donaciones para la construcción de la Catedral conservados en la “Fabbrica del Duomo” y lo que resultó fue que si bien la donación anual de Gian Galeazzo Visconti era enorme, representaba sólo un 16% del total, siendo superada por las contribuciones del pueblo llano: desde la prostituta al comerciante de vinos, pasando por el soldado, eran muchos los que habían contribuido a pagar la Catedral de Milán.

Como dice Luca Maggi: “su concepción del trabajo era distinta de la nuestra (...) un ejemplo claro de este es una pequeña aguja de la catedral realizada en el siglo XIV, que representa monos y topos que trepan por ella. El escultor sabía que durante quinientos años nadie la habría visto, y a pesar de todo realizó su obra de arte con una perfección increíble. Ese hombre (...) estaba ante el Misterio también en el trabajo: la búsqueda de la perfección no podía ser ciertamente por la fama. El hecho de que representara a monos y topos demuestra, además, la relación del hombre medieval con la realidad: toda la creación era un himno al Misterio encarnado, donde todo cantaba gloria a Dios. Por esto, uno de los puntos clave (...) es el testimonio de la deseable unidad entre la vida y el trabajo que permeaba la conciencia medieval. Sencillamente, la mentalidad común restituía con claridad el haber nacido para construir cosas grandes; y para realizarla se debía tener esperanza, si no el trabajo ni siquiera comienza y se detiene. Además, para el hombre de la Edad Media, el compromiso era frente a algo más grande que él mismo, religioso o no religioso. La búsqueda de la perfección en el trabajo no era un fin en sí mismo, sino una relación constante que hacía la recompensa presente”.

Esto que acabamos de leer lo podemos ver también en esta obra, donde por un lado están representados los trabajos, los oficios del hombre, pero vinculados a historias bíblicas y a las virtudes teologales y cardinales. En una época como la nuestra, en la que la sociedad cada vez está más separada de lo religioso, de la fe, ver cómo en la Edad Media se representaban temas civiles en edificios religiosos y temas religiosos en edificios civiles, es emblemático de una mentalidad en la que el hombre se expandía “en un camino fraterno”.



Enumero a continuación el programa iconográfico del *Campanile*:

Cara oeste, de izquierda a derecha:

- La creación de Adán, de Andrea Pisano
- La creación de Eva, de Andrea Pisano
- El trabajo de los progenitores, de Andrea Pisano
- La invención del pastoreo, de Andrea Pisano
- La invención de la música, de Andrea Pisano (o tal vez Nino Pisano)
- La invención de la metalurgia, de Andrea Pisano
- La invención del vino, de Andrea Pisano

En el nivel superior, en los diamantes, los siete planetas: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno.

Cara sur, de izquierda a derecha:

- El arte de la astronomía, de Andrea Pisano
- El arte de la arquitectura, de Andrea Pisano
- El arte de la medicina, de Andrea Pisano
- El arte de la caza, de Andrea Pisano
- El arte del tejedor, de Andrea Pisano
- El arte de la legislatura, de Andrea Pisano
- Dédalo o el antepasado de los artistas, de Andrea Pisano

En el nivel superior, en los diamantes, la virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) y las virtudes cardinales (prudencia, justicia, templanza, fortaleza), del taller de Andrea Pisano.

Cara este, de izquierda a derecha:

- El arte de la navegación, de Andrea Pisano
- El arte de la justicia, de Andrea Pisano
- El arte de la agricultura, de Andrea Pisano
- El arte del teatro, de Andrea Pisano
- El arte de la geometría, de Andrea Pisano

En el nivel superior, en los diamantes, las artes del Trivium (Gramática, Dialéctica y Retórica) y del Quadrivium (Aritmética, Música, Geometría y Astronomía), del taller de Andrea Pisano.

Cara norte. Esta parte, muy cercana a la catedral, al inicio no tenía relieves; cuando se abrió la puerta del campanile se desplazaron los dos bajorrelieves con la Pintura y la Escultura y en 1437 se encargaron cinco bajorrelieves a Luca della Robbia para completar la decoración. De izquierda a derecha:

- El arte de la escultura, de Andrea Pisano
- El arte de la pintura, de Andrea Pisano
- El arte de la gramática, de Luca della Robbia
- El arte de la filosofía, de Luca della Robbia
- El arte de la música, de Luca della Robbia
- El arte de la geometría y aritmética, de Luca della Robbia
- El arte de la astronomía, de Luca della Robbia

En el nivel superior, en los diamantes, los Siete Sacramentos (Bautismo, Confesión, Matrimonio, Orden Sacerdotal, Confirmación, Eucaristía, Extrema Unción), atribuidos tanto a Alberto Arnaldi como a Maso di Banco; en el tímpano del portal una Virgen con Niño de Andrea Pisano.

La elección de los temas puede parecer convencional, pues no se separa de las tradicionales elecciones iconográficas, pero las diferencias en las elecciones y en la representación son muy evidentes. Antonio Paolucci considera que el ciclo representa una *narración del destino del hombre* y de sus actividades. Imágenes del Génesis se han esculpido en numerosas fachadas y los ciclos de los meses con las representaciones de las actividades de hombre están muy difundidos, por ejemplo, en Ferrara, en Pisa, en Arezzo, por nombrar algunas.

Pero en los bajorrelieves de la cara oeste hay una curiosa originalidad en el tratamiento de los temas: falta la narración de la tentación y de la expulsión de los progenitores del paraíso, privilegiando en cambio el trabajo en el campo; en la embriaguez de Noé faltan los hijos que observan o intentar cubrir su desnudez y toda la atención se centra en la magnífica vid. El propósito, por tanto, parece ser el de sintetizar la narración bíblica y la representación de la creatividad humana.

Pasando a la cara sur del *campanile* las actividades descritas se especializan: ya no son las primitivas de los progenitores, sino las que se han desarrollado por la necesidad y el ingenio humanos, creando así una red humana que conforma una sociedad, construida por todos. La figura humana es absolutamente protagonista. Las virtudes del plano superior están en relación directa con el trabajo, mediante el hombre y su elevación.

¿Quién inspiró este complejo ciclo iconográfico? La crítica reciente parece inclinarse por dos nombres: Vicente de Beauvais, fallecido en 1264, autor del tratado titulado *Specula* en el que subdivide en cuatro *espejos* todas las actividades celestes y humanas, o bien Fra Remigio dei Girolami, dominico nacido en Florencia y aún vivo a inicios del siglo XV, pupilo de Santo Tomás de Aquino y, tal vez, maestro de Dante.

Vemos a continuación algunas imágenes de los medallones hexagonales, en los que encontramos la representación de las diversas artes.



Pero hay una escena en la que queremos detenernos un momento: se trata del arte de la navegación, de Andrea Pisano. En la imagen -página siguiente- vemos tres hombres en una barca. Dos de ellos reman mientras el tercero, a sus espaldas, dirige el timón. La escena es muy expresiva, obra genial del escultor. Pero para alguien formado en la tradición cristiana es casi imposible no pensar aquí en la escena evangélica: Jesús en la barca con los discípulos. Ellos reman, pero Él dirige la navegación.



Gracias Helena. Tenemos que seguir avanzando. Leemos el número 55:

55. La fe, además, revelándonos el amor de Dios, nos hace respetar más la naturaleza, pues nos hace reconocer en ella una gramática escrita por él y una morada que nos ha confiado para cultivarla y salvaguardarla; nos invita a buscar modelos de desarrollo que no se basen sólo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores; nos enseña a identificar formas de gobierno justas, reconociendo que la autoridad viene de Dios para estar al servicio del bien común. La fe afirma también la posibilidad del perdón, que muchas veces necesita tiempo, esfuerzo, paciencia y compromiso; perdón posible cuando se descubre que el bien es siempre más originario y más fuerte que el mal, que la palabra con la que Dios afirma nuestra vida es más profunda que todas nuestras negaciones. Por lo demás, incluso desde un punto de vista simplemente antropológico, la unidad es superior al conflicto; hemos de contar también con el conflicto, pero experimentarlo debe llevarnos a resolverlo, a superarlo, transformándolo en un eslabón de una cadena, en un paso más hacia la unidad.

Cuando la fe se apaga, se corre el riesgo de que los fundamentos de la vida se debiliten con ella, como advertía el poeta T. S. Eliot: “¿Tenéis acaso necesidad de que se os diga que incluso aquellos modestos logros / que os permiten estar orgullosos de una sociedad educada / difícilmente sobrevivirán a la fe que les da sentido?”. Si hiciésemos desaparecer la fe en Dios de nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, pues quedaríamos unidos sólo por el miedo, y la estabilidad estaría comprometida. La Carta a

los Hebreos afirma: “Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad” (Hb 11,16). La expresión “no tiene reparo” hace referencia a un reconocimiento público. Indica que Dios, con su intervención concreta, con su presencia entre nosotros, confiesa públicamente su deseo de dar consistencia a las relaciones humanas. ¿Seremos en cambio nosotros los que tendremos reparo en llamar a Dios nuestro Dios? ¿Seremos capaces de no confesarlo como tal en nuestra vida pública, de no proponer la grandeza de la vida común que él hace posible? La fe ilumina la vida en sociedad; poniendo todos los acontecimientos en relación con el origen y el destino de todo en el Padre que nos ama, los ilumina con una luz creativa en cada nuevo momento de la historia.

De la fe cristiana nace una sana “ecología”, ya que el hombre reconoce en la naturaleza creada una “gramática” escrita por Dios y una “morada” en la que habitar. Esta conciencia de la creación como un don lleva también a buscar formas justas de gobernar. “La unidad es superior al conflicto”, recuerda el Papa. E insiste en la importancia del perdón, siempre posible, aunque en ocasiones requiera “tiempo, esfuerzo, paciencia y compromiso”. La cita del poeta inglés Eliot es de una gran clarividencia, ya que nos recuerda que no se puede pretender mantener mucho tiempo los frutos de un árbol al que se han cortado las raíces. La falta de fe, o el intento de eliminarla sistemáticamente de la sociedad humana, no puede sino degradar la convivencia de la ciudad humana. La fe cristiana tiene vocación social, posee una dimensión pública, está llamada a iluminar la vida en sociedad.

Leemos el número 56, en el que la encíclica propone la fe como fuerza que conforta en el sufrimiento:

56. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto sobre sus tribulaciones y sufrimientos, pone su fe en relación con la predicación del Evangelio. Dice que así se cumple en él el pasaje de la Escritura: “Creí, por eso hablé” (2 Co 4,13). Es una cita del Salmo 116. El Apóstol se refiere a una expresión del Salmo 116 en la que el salmista exclama: “Tenía fe, aun cuando dije: ¡Qué desgraciado soy!” (v. 10). Hablar de fe comporta a menudo hablar también de pruebas dolorosas, pero precisamente en ellas san Pablo ve el anuncio más convincente del Evangelio, porque en la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesto y palpable el poder de Dios que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento. El Apóstol mismo se encuentra en peligro de muerte, una muerte que se convertirá en vida para los cristianos (cf. 2 Co 4,7-12). En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y la debilidad, aparece claro que “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor” (2 Co 4,5). El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos termina con una referencia a aquellos que han sufrido por la fe (cf. Hb 11,35-38), entre los cuales ocupa un puesto destacado Moisés, que ha asumido la afrenta de Cristo (cf. v. 26). El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor. Viendo la unión de Cristo con el Padre, incluso en el momento de mayor sufrimiento en la cruz (cf. Mc 15,34), el cristiano aprende a participar en la misma mirada de Cristo. Incluso la muerte queda iluminada y puede ser vivida como la última llamada de la fe, el último “Sal de tu tierra”, el último “Ven”, pronunciado por el Padre, en cuyas manos nos ponemos con la confianza de que nos sostendrá incluso en el paso definitivo.

“Hablar de fe comporta a menudo hablar también de pruebas dolorosas”, dice *Lumen fidei*. “En la hora de la prueba, la fe nos ilumina”. El capítulo IV aborda en estos últimos números, antes de presentar la imagen de la Virgen María, la dimensión más oscura y difícil de la vida humana: el sufrimiento, la experiencia del mal y de la muerte. La fe cristiana permite también vivir esta experiencia. Es más, justamente aquí se manifiesta su condición de luz. “El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor”. Pero, ¿cómo es esto posible? ¿No chocamos aquí con un muro infranqueable? ¿No topamos aquí con el escándalo?

El drama del sufrimiento sólo puede entenderse, y vivirse, desde Cristo. Por eso, las últimas imágenes que proponemos son rostros de Cristo. Tiene la palabra Helena.

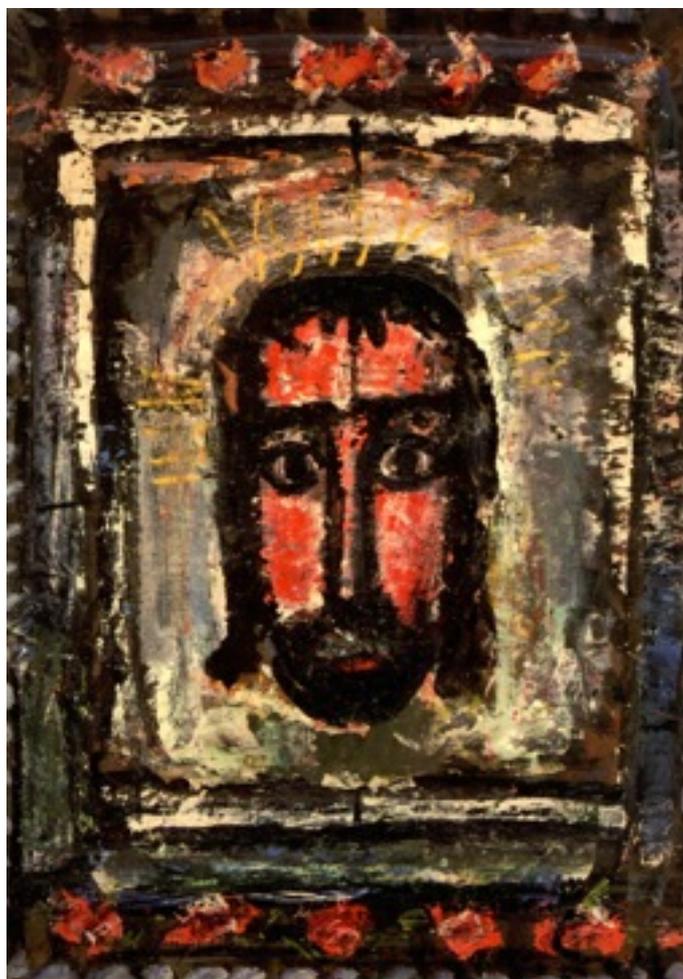
“¡Oh, hijo mío! ¡Si supieses qué cosas sabe decir el hombre a Dios cuando la carne del hombre se hace grito, grito de Dios que se adora a sí mismo! Tú no tienes el rostro de un hombre que escucha, Miguel. Piensas demasiado en tu dolor. ¿Por qué buscas el dolor? ¿Por qué temes perder lo que sabes que te ha encontrado? Penitencia no es dolor. Es amor”.

Estas palabras, que el Abad le dirige a Miguel Mañara en la obra de teatro que antes hemos comentado, hacen de contrapunto a lo que dice *Lumen fidei*. Sin fe no hay consuelo, nada tiene sentido en la vida del hombre. Sin fe el hombre se queda enredado en su dolor porque no ve más allá del mismo.

Para ilustrar este punto os proponemos dos rostros de Cristo, realizados por dos autores distintos, de épocas distintas.

El primero es obra de Georges Rouault, pintor francés asociado al Fauvismo y al Expresionismo -aunque en realidad desarrolla una libertad desconcertante en su pintura-, que en un determinado momento de su vida, probablemente a causa de la influencia de su gran amistad con el filósofo Jacques Maritain, comenzó a pintar casi exclusivamente obra religiosa, convirtiéndose así en uno de los artistas cristianos más apasionados del siglo XX.

Toda su obra, religiosa o no, es dramática (se sabe que Maritain lo sostuvo en sus numerosos momentos de duda), de persona torturada en su interior por la búsqueda de la Verdad, por la mentira incesante del hombre hacia sí mismo, por su autocomplacencia, por el escándalo de la vida humana, por el sacrificio de Cristo Salvador. Sus cuadros

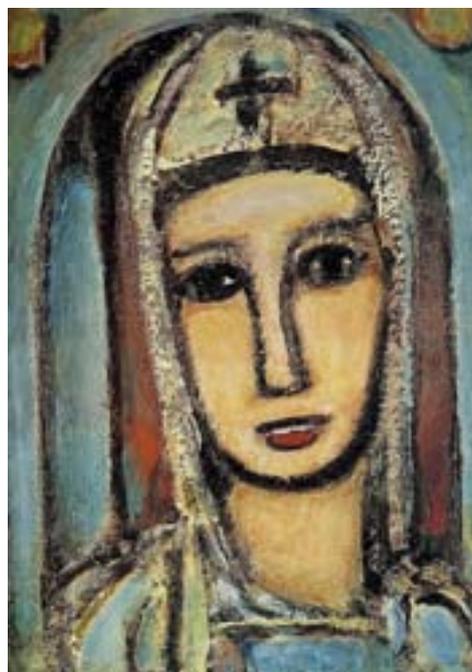


son descarnados, nada embellece los rostros, no tienen detalles inútiles. Sus rostros y sus figuras nos molestan, no nos dejan indiferentes, mueven algo en nuestro interior. No nos atraen por su belleza, pero nos atraen, incluso para rechazarlos posteriormente.



En una carta a Edouard Schuré escribió: “He visto claramente que el ‘Payaso’ era yo, éramos nosotros... casi todos nosotros... Este vestido rico y lleno de lentejuelas nos lo da la vida, todos somos más o menos unos payasos, todos llevamos un vestido de lentejuelas, pero si nos sorprenden como yo he sorprendido al viejo payaso, ¡oh!, entonces quién osará decir que no ha sido aferrado hasta el fondo de sus entrañas por una piedad inconmensurable. Tengo el defecto (puede ser un defecto... en todo caso, es para mí un abismo de sufrimiento) de no dejar nunca a nadie su vestido de lentejuelas, ya sea un rey o un emperador. Lo que veo es el alma de la persona que tengo delante...”.

Es el suyo un arte lleno de verdad, donde se unen una negrura dramática junto a una compasión espontánea por el dolor de los hombres. Pero pinta también con ternura, trabajando el alma para llevarnos a lo inefable. Sus cuadros son la realidad trascendental de la vida. Su conciencia del pecado, del sufrimiento, del mal, ahonda en la herida del ser humano para que luego éste se abandone a la gracia. “Trágica es la luz” gritará pintando las miserias humanas, pero miserias que, como él mismo dirá “han dado un Redentor como Éste”. Sus Cristos están llenos de emoción y preguntas interiores y el pintor nunca separa (es bien visible) la inspiración religiosa de la profana, como tampoco distingue, según los estudiosos, la pintura de su vida. Todo concurre en esta búsqueda del alma que él persigue con ardor. “No hay arte sacro. Hay sólo arte y es suficiente para llenar una vida”, dirá.



Viendo su obra, nos han venido a la mente las palabras del cardenal Newman en un sermón sobre los sufrimientos morales de Cristo en la Pasión. Aunque la cita es un poco larga os la proponemos como profundización en este punto. John Henry Newman, gran predicador desde su juventud, explica en este sermón el verdadero alcance de los sufrimientos del Redentor, que van más allá del dolor físico, hasta asumir voluntariamente en sí todo el pecado, la maldad y la negación de Dios de toda la humanidad, pasada, presente y futura:

“¿Recordáis cuando se le ofreció vino mezclado con mirra, en el instante de su crucifixión? No quiso beberlo. ¿Por qué? Porque tal bebida habría adormecido su mente, y Cristo estaba decidido a sufrir el dolor en toda su amargura. Sacad en conclusión de todo esto, amados hermanos míos, el carácter de aquellos sufrimientos. Jesús gustosamente hubiera escapado de ellos si hubiese sido la voluntad de su Padre (...) Si tenía que sufrir, Él mismo se entregaría al sufrimiento. Cristo no vino a sufrir lo menos posible, ni a des-

viarse del sufrimiento, sino que lo enfrentó, y lo acometió, para que hasta la más pequeña porción de dolor cumpliera su cometido causándole la debida impresión (...).

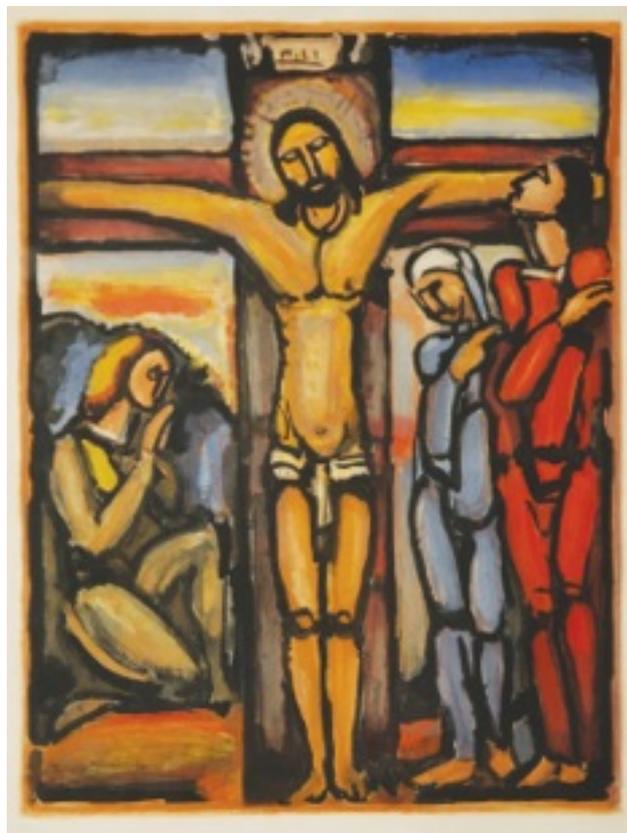


Cristo asumió un cuerpo mortal para poder sufrir, se hizo hombre para poder sufrir como hombre; y cuando hubo llegado su hora (...) aconteció que se ofreció completamente en holocausto, y así como todo su Cuerpo pendía de la Cruz, así también entregó a sus verdugos toda su Alma, dándose cuenta plenamente, con total conocimiento e inteligencia despiertísima, con cooperación viviente e intensidad absoluta, no como quien concede un permiso virtual o sumisión pusilánime. Todo esto fue lo que Cristo entregó a los que lo atormentaban. Su Pasión no fue un mero estado pasivo, sino verdadera acción. Cristo vivió enérgica e intensamente, mientras languidecía, se desmayaba y moría. No murió sino por un acto de su voluntad, pues al inclinar su cabeza, lo hizo tanto en señal de

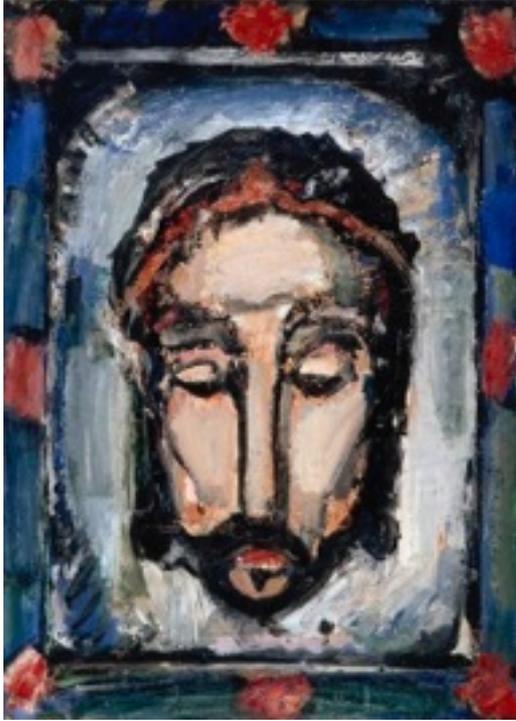
acatar una orden como en señal de resignación. Por eso dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu”. Cristo dio la orden: entregó su Alma, pero no la perdió (...).

Dios era el que sufría, y sufría en su naturaleza humana. Los sufrimientos pertenecían a Dios, y Cristo los bebió y apuró hasta el final del cáliz. Esto que os acabo de decir me sirve para refutar una objeción que voy a indicaros, y que tal vez ya bullía en la mente de muchos: algunos se olvidan la parte que el Alma de Nuestro Señor tuvo en la satisfacción por nuestros pecados.

Nuestro Señor nos dice al comienzo de su agonía: “Mi Alma siente angustias de muerte”. (...) Su espíritu fue su centro, y ni por un instante perdió su equilibrio celestial y perfecto. Lo que Cristo sufrió, lo sufrió porque se colocó a sí mismo, deliberada y tranquilamente, bajo el sufrimiento. (...) En el momento preciso, Cristo abrió las compuertas y el torrente se precipitó sobre Él con todo ímpetu. (...) En el huerto llamado Getsemaní (...) Él se aparta a un lugar próximo y allí lanza la palabra de mando, retira de su alma el apoyo de la Divinidad, y entonces la desesperación, el terror y la melancolía hacen presa de Él. Cristo penetra en una agonía mental de acción tan definida, como lo serían para el cuerpo humano, el fuego o el potro.



(...) Y ahora hermanos míos, ¿qué era eso que Cristo tenía que soportar, cuando así abrió su Alma al torrente de la pena ya predestinada? ¡Ay! Jesús tenía que soportar lo



que es bien conocido de nosotros, lo que nos es familiar, pero que para Él era pena inefable. Tenía que soportar aquello que es tan fácil para nosotros, tan natural, tan bienvenido, que no podemos pensar que se necesite tanta tolerancia para sufrirlo, pero que para Él tenía el sabor de mortal veneno. Cristo tenía, amados hermanos míos, que soportar el peso de nuestros pecados; tenía que soportar los pecados de la humanidad entera.

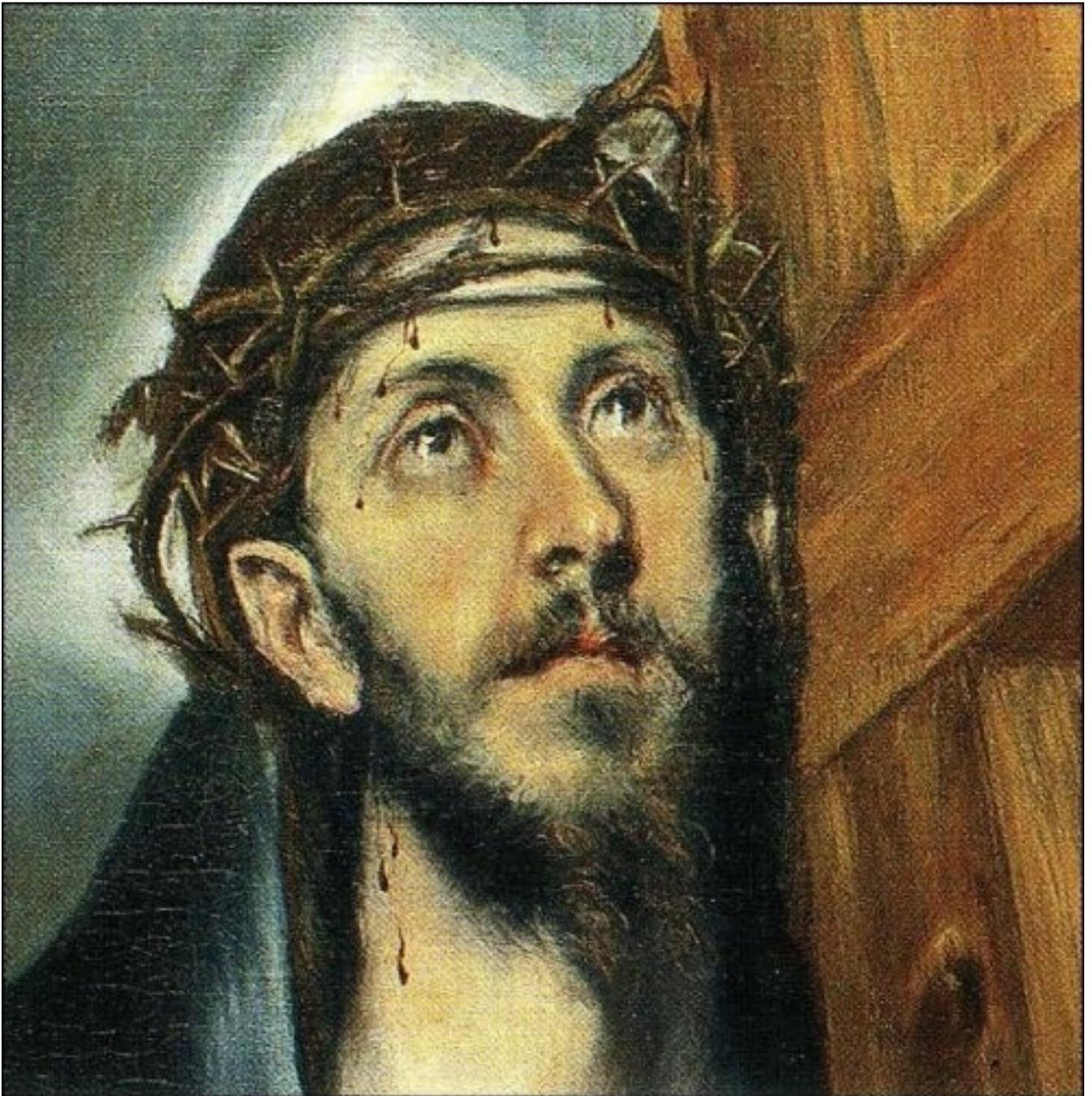
El pecado es cosa fácil para nosotros; pensamos muy poco en él y no comprendemos cómo pudo preocupar tanto al Creador; no podemos forzar nuestra imaginación a creer que merece justo castigo, y aun cuando en el mundo reciba su merecido, lo justificamos o alejamos de nuestra mente. Mas, considerad lo que es el pecado en sí; es la rebelión contra Dios (...).

Entonces en aquella triste hora, se arrodilló el Salvador del mundo, desprendiéndose de las prerrogativas de su Divinidad (...) y abrió sus brazos, desnudó su pecho, puro como era, al asalto de su enemigo, un enemigo cuyo aliento era pestilente, y cuyo abrazo era una agonía. Helo arrodillado, inmóvil y mudo mientras la vil y horrible fiera vestía su espíritu con el ropaje odioso y atroz del crimen humano, que prendiéndose en su corazón, llenó su conciencia, y encontró la entrada para todos sus sentidos y hasta la ínfima partícula de su mente, extendiendo sobre Él una lepra moral, hasta que Cristo se sintió casi convertido en lo que Él nunca podría ser y en lo que su enemigo gustosamente lo hubiera transformado. (...) Su corazón está yerto por la avaricia, la crueldad y la falta de fe; y su misma memoria se halla colmada con todos los pecados que han sido cometidos desde la caída del hombre, en todos los ámbitos de la tierra, plena del orgullo de los antiguos gigantes, y la lujuria de las cinco ciudades, y de la obcecación de Egipto, y la ambición de Babel, y de la ingratitud y ludibrio de Israel. (...) Luego, cuando el momento señalado hubo llegado, y Cristo lo ordenó, así como su Pasión había comenzado en su Alma, en su Alma terminó. Cristo no murió de agotamiento o de dolor corporal. Cuando lo ordenó, su atormentado Corazón se quebró, y Jesús encomendó su Espíritu al Padre”.

Veamos ahora otro rostro de Cristo. ¡Qué diferencia entre los Cristos de Rouault y el rostro pintado por el Greco que vemos en la siguiente página!

El del pintor francés mira al frente, nos interroga, mientras que el del Greco dirige su mirada hacia lo alto, hacia el Padre. Este pintor del Renacimiento tardío, que desarrolló un estilo propio muy peculiar para la época, con figuras alargadas, espiritualizadas, con iluminación propia, que venía de dentro -como en los iconos-, con colores contrastantes, nos presenta un Cristo que también nos interroga, pero de otro modo.

Mientras el Cristo de Rouault “no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo”, éste es el Cristo que Dios nos da como “una presencia que [nos] acompaña”, es el Cristo con el que “la fe va de la mano de la esperanza”.



Esos ojos elevados al cielo, la mano que aferra la cruz como acariciándola, hacen que abandonemos nuestras dudas, nuestras inseguridades, que veamos de cara nuestro pecado pero a la luz de la certeza, de la compasión, de la misericordia, de los ojos llenos de amor del Padre. Es la mirada de la esperanza, porque como dice Benedicto XVI al principio de *Spe salvi*: “Según la fe cristiana, la redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino”.

Gracias Helena. Concluimos la lectura de los números de hoy con el nº 57:

57. La luz de la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo. ¡Cuántos hombres y mujeres de fe han recibido luz de las personas que sufren! San Francisco de

Asís, del leproso; la Beata Madre Teresa de Calcuta, de sus pobres. Han captado el misterio que se esconde en ellos. Acercándose a ellos, no les han quitado todos sus sufrimientos, ni han podido dar razón cumplida de todos los males que los aquejan. La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, “inició y completa nuestra fe” (Hb 12,2).

El sufrimiento nos recuerda que el servicio de la fe al bien común es siempre un servicio de esperanza, que mira adelante, sabiendo que sólo en Dios, en el futuro que viene de Jesús resucitado, puede encontrar nuestra sociedad cimientos sólidos y duraderos. En este sentido, la fe va de la mano de la esperanza porque, aunque nuestra morada terrenal se destruye, tenemos una mansión eterna, que Dios ha inaugurado ya en Cristo, en su cuerpo (cf. 2 Co 4,16-5,5). El dinamismo de fe, esperanza y caridad (cf. 1 Ts 1,3; 1 Co 13,13) nos permite así integrar las preocupaciones de todos los hombres en nuestro camino hacia aquella ciudad “cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios” (Hb 11,10), porque “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5).

En unidad con la fe y la caridad, la esperanza nos proyecta hacia un futuro cierto, que se sitúa en una perspectiva diversa de las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que da un impulso y una fuerza nueva para vivir cada día. No nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que “fragmentan” el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza.

El sufrimiento de este mundo, dice el Papa, es abrazado por los santos, es acompañado por la Iglesia, esposa de Cristo sufriente. San Francisco de Asís, la Madre Teresa y tantos hombres y mujeres de buena voluntad han abierto “resquicios de luz” para iluminar la experiencia del dolor humano y divino. “Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña”. Esta es la sabiduría de Dios.

Concluye el número recordando que fe, esperanza y caridad van de la mano. “La fe va de la mano de la esperanza” y alimenta la caridad. “No nos dejemos robar la esperanza”. Testigo luminoso de esta “esperanza que no defrauda” es la Virgen María, a la que dedicaremos nuestra última sesión la semana próxima.